

Género y clase en el proceso de movilización obrera en la industria gráfica de los años sesenta y setenta.

Ghigliani, Pablo.

Cita:

Ghigliani, Pablo (2017). *Género y clase en el proceso de movilización obrera en la industria gráfica de los años sesenta y setenta. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/299>

Género y clase en el proceso de movilización obrera en la industria gráfica de los años sesenta y setenta

Pablo Ghigliani (IdIHCS – UNLP / CONICET)

Introducción¹

Para mediados de la década de 1970, se consolidó en Estados Unidos una corriente historiográfica, impulsada básicamente por historiadoras, que postuló que para el estudio de las tramas de opresión, dominación y explotación era esencial investigar las intersecciones entre clase, género, raza y etnia. Pronto se puso en evidencia, el potencial de este enfoque para una renovación de la historia social de los mundos del trabajo. En particular, la insistencia en que las relaciones de explotación económica son al mismo tiempo relaciones complejas y cambiantes de dominación y subordinación de género, entre las clases y al interior de las mismas, respaldó el llamado a superar las categorías asexuadas y por lo tanto masculinizadas predominantes en los estudios de la clase obrera. En nuestro país, estas ideas fueron ganando terreno de manera gradual, gracias a las discusiones planteadas, en lo fundamental, también por historiadoras.² Esta ponencia procura inscribirse, aunque tardíamente, en este movimiento. Es, a su vez, un ejercicio de autocrítica: en mis estudios

¹ Esta ponencia es el fruto de las críticas de las que fuera objeto mi investigación sobre la clase obrera en la rama gráfica en el “Primer Taller de Historia Social, Comunidades y Trabajo: intersecciones entre clase, género y territorialidad” organizado en noviembre de 2016 por Andrea Andújar, Laura Caruso y Agustín Nieto.

² Dora Barrancos (2005) ofrece un exhaustivo e ineludible estado de la cuestión no solo sobre el progreso de la historia de las mujeres y los estudios de género en la historiografía local, sino también sobre sus influencias teóricas. El trabajo de Mirta Lobato (1990, 1993, 2001, 2007) es una referencia clave cuando nos concentramos en las investigaciones sobre las mujeres en el mundo del trabajo en nuestro país. Quiero destacar, asimismo, a Andrea Andújar (2007, 2017), Silvana Palermo (2009), Débora D’Antonio (2000), Débora D’Antonio y Omar Acha (2000), Laura Rodríguez Agüero (2014), por el esfuerzo puesto en incorporar el género a la historia social del trabajo. La lista no pretende ser exhaustiva.

sobre la industria gráfica estuvo completamente ausente la perspectiva de género. Concibo esta investigación como un primer paso hacia la superación de tan notoria limitación.

Historia de las mujeres y estudios de género

Desde muy temprano, las historiadoras *feministas* advirtieron los riesgos que acarrearía la integración académica de la *historia de las mujeres* como una simple “*historia compensatoria*” (Kelly 1976), como una sub-disciplina separada del resto y sin consecuencias teóricas para la investigación del pasado. A principios de los noventa, Ava Baron (1991) retornaba sobre este problema con su denuncia del proceso de *guetificación* de los estudios de las mujeres, y más tarde del *género*, en el campo de la historia del trabajo. Un proceso que, como señaló Joan Scott (2008), había tendido a dejar inalterados los marcos analíticos y las categorías asexuadas y masculinizadas reconocidas y aceptadas por los historiadores sociales de la clase obrera en los sesenta.

Esta segregación, sin embargo, no le impidió a este movimiento intelectual darle visibilidad a la agencia de las mujeres y a sus problemas específicos. Y quizás más importante aún, a poner de manifiesto que la relación entre los sexos es *social* (Kelly 1976) y que, por lo tanto, el *sexo* debe conceptualizarse en términos históricos (Scott 2008). Gradualmente, el uso de la categoría *género* devino la marca distintiva de este reconocimiento; y también, de que la relación entre los sexos es una de las determinaciones estructurantes de la organización social. Es que, como sintetiza Gamba (2007), esta categoría enfatiza la dimensión social e histórica de la organización de la diferencia sexual como diferencias de *género*, construidas como relaciones sociales de poder y por lo tanto asimétricas, que atraviesan toda la trama social sobre las que se asientan la dominación masculina y la subordinación femenina. Si aceptamos estas premisas, el *género* deja de ser una *faceta* más del mundo del trabajo para pasar a ser uno de sus *principios estructurantes*. Como consecuencia, y como enfatizara Baron (1991), ya no basta con *agregar mujeres a los estudios del trabajo y batir*; ni tampoco con escribir *género* dónde antes escribíamos *mujeres* lo que, en palabras de Scott (2008), desvaneció el *filo crítico* de la categoría. Pero, ¿de qué se trata entonces?

En su empático pero muy crítico repaso de las teorías feministas sobre el *género*, Donna Haraway (1995: 220) destacaba que todas sus versiones pretendían comprender “la

especificidad de la opresión de las mujeres en el contexto de culturas que distinguen entre sexo y género (...) para contestar la naturalización de la diferencia sexual en múltiples terrenos de lucha”. Quizás sea este un buen punto de partida. En el terreno analítico que nos compete, el de las relaciones sociales de producción, se trata, en principio, de investigar la intersección de la clase y el género en la estructuración de relaciones de poder y jerarquía que se traducen en explotación, dominación y opresión, inter e intra-clase.³

Sin embargo, en mi opinión, el mayor desafío para una historia social del trabajo radica en el paso de este tipo de formulaciones teóricas al examen de los procesos empíricos de formación de clase. Es relativamente sencillo reconstruir el protagonismo de las mujeres en las huelgas y conflictos, o examinar la discriminación salarial, o estudiar la división sexual del trabajo, o identificar la inclusión de demandas femeninas en las agendas obreras del pasado. Otra cosa muy distinta es desentrañar cómo operaron las relaciones sociales de sexo y clase, y el *género*, en los procesos de formación e identidad de la clase obrera. Aunque variadas en sus enfoques, las investigaciones de largo plazo de Thomas Klubock (1992, 1995) sobre un enclave minero de cobre en Chile y de Ann Farnsworth-Alvear (2000) sobre el sector textil en Medellín, Colombia, ofrecen dos modelos exitosos. En Argentina, entre otros, estudios como los de Débora D’Antonio (2000) sobre la huelga de la construcción de 1936, Silvana Palermo (2009) sobre la huelga ferroviaria de 1917, Laura Rodríguez Agüero (2014) sobre las luchas docentes mendocinas de los setenta, o Andrea Andújar (2016) sobre la huelga petrolera de 1932 en Comodoro Rivadavia, son valiosos ejemplos de cómo es posible unir visibilización y *género*, y traducir teoría en historia: en el primer caso, mediante el examen de las representaciones de género presentes en los acontecimientos; en el segundo, mediante el análisis de las interpretaciones culturales sobre la diferencia sexual que influenciaron las acciones colectivas de las militantes y las familias obreras; en el tercero, mediante el estudio de las tensiones y articulaciones de las identidades de género y clase y los efectos materiales de la división sexual del trabajo, y,

³ Aunque si nos propusiéramos fidelidad absoluta al núcleo de la crítica que lanzara Haraway a las oposiciones binarias y universalizante sobre las que se construyó el concepto del sistema sexo-género, se trataría en realidad de mucho más, ya que las construcciones raciales, la subordinación étnica, la normatividad de las orientaciones sexuales, conforman también las múltiples relaciones que constituyen sujetos de identidades inestables y cambiantes, y que, por lo tanto, no pueden ser tratadas como determinaciones de segundo orden.

por último, en el cuarto, mediante la reconstrucción de las nociones de lo justo elaboradas por los hombres y las mujeres de los campamentos petroleros de Comodoro Rivadavia a partir de sus experiencias generizadas de clase.

Esta ponencia busca emular estas investigaciones, aunque esté aún muy lejos de lograr la densidad analítica de las mismas. Mi hipótesis de partida es que el proceso de organización y movilización de la clase obrera en la industria gráfica de los años sesenta y setenta fue un revulsivo para las relaciones de hombres y mujeres dentro de la organización sindical. Por primera vez en la historia del sindicato, altos puestos dirigentes fueron ocupados por mujeres⁴; la agenda gremial incorporó reivindicaciones levantadas por las trabajadoras; la discriminación sexual de las ocupaciones y las condiciones laborales fue objeto de crítica y denuncia.⁵ Presumo que esta insubordinación femenina, ciertamente parcial, y motorizada en los lugares de trabajo por las más jóvenes, generó conflictos con los patrones pero también tensiones en la vida gremial, al socavar el campo normativo y jerárquico de lo femenino y lo masculino.

Pretendo asentar las bases de esta indagación mediante: a) un estudio cuantitativo de la evolución de la presencia femenina en los puestos directivos sindicales de la Federación Gráfica Bonaerense (FGB), en las listas de las distintas agrupaciones y en las comisiones internas entre los años 1966 y 1975; b) el estudio de la agencia de las mujeres en los conflictos sindicales del período; y c) el análisis de los discursos publicados en la revista del gremio acerca del papel de la mujer en los diferentes ámbitos de la vida social y gremial.

⁴ Las más importantes: Alicia Fondevila que en 1967 fue la primera mujer en ocupar el cargo de Pro-Secretaria de la Federación Argentina de los Trabajadores de la Industria (FATI) siendo elegida en 1972 como su Secretaria General. Debido a las disensiones políticas que llevaron a la ruptura de la FATI, Fondevila asumió finalmente como Secretaria General de la Federación Argentina de los Trabajadores de las Artes Gráficas (FATAG). Y Haydée Savastano quien siendo Tesorera ocupó interinamente la secretaría general de la FGB debido al encarcelamiento de Raimundo Ongaro y la enfermedad del Pro-Secretario Francisco Calipo.

⁵ Ni la inclusión de demandas femeninas en la agenda gremial, ni la denuncia de la discriminación sexual, son novedades absolutas. Para la lucha de las mujeres en la industria gráfica entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, ver Bellucci (1996) y Bill (2007).

La participación femenina en la FGB: un ejercicio de cuantificación

En esta sección, mi hipótesis es que el crecimiento de la participación de las mujeres en los cargos representativos de la Comisión General Administrativa (en adelante CGA) del gremio durante el período, se replica, aunque de manera más moderada, a nivel de comisiones internas. En mi opinión, los datos disponibles tienden a corroborar esta presunción.

Es importante, primero, establecer la cantidad de mujeres que trabajaban en la industria y la cantidad de afiliadas al gremio. No dispongo de datos precisos pero es posible cuantificar tentativamente ambas variables a partir de censos y padrones.

Lo que FGB organizaba, o mejor, lo que pretendía organizar, no encontraba correspondencia exacta en las estadísticas producidas por los relevamientos del *Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC)*. Es indudable que el grueso lo componía la fuerza de trabajo ocupada en *Imprentas, Editoriales e Industrias Conexas*; pero no toda, dado que el personal ocupado en *Diarios, Periódicos y Revistas con Imprenta Propia* incluía, entre aquellos censados como empleados, u ocupados en tareas no productoras de bienes, a las y los periodistas afiliados al Sindicato de Prensa. Además, la FGB tenía personería sobre establecimientos de la agrupación censal *Fabricación de Papel y Productos de Papel*, el coto del Sindicato de Papeleros. También sobre la *Producción de Tintas para la Imprenta*, una actividad categorizada en el convenio gráfico, que figuraba en ambos censos en el rubro *Fabricación de Sustancias y Productos Químicos*. Un caso similar era el de los fabricantes de los barnices que se usaban en las imprentas. En síntesis, el alcance concreto de la personería gremial de la FGB en la década del sesenta era un derivado del proceso de institucionalización de la negociación colectiva; no simplemente el reflejo de una industria de fronteras nítidas e incuestionables.

Ello no obstante, los censos nacionales económicos de 1963 y 1974 son las mejores fuentes disponibles que conozco para llevar adelante esta tarea, al menos, para la Capital Federal.⁶ Omito aquí desagregaciones más refinadas de las estadísticas para concentrarme de modo

⁶ Además de Capital Federal, la personería gremial de la FGB alcanzaba los partidos de Avellaneda, Quilmes, Lanús, Lomas de Zamora, Florencio Varela, Matanza, Morón, San Martín, Vicente López, San Isidro, San Fernando, Tigre y Pilar.

indicativo en las *Imprentas, Editoriales e Industrias Conexas*, agrupamiento censal que comprendía al grueso de las potenciales afiliadas al sindicato.

En 1963 fueron censados 1641 establecimientos bajo este rubro con un total de 16732 varones y 2201 mujeres en la categoría obreros y 3733 varones y 967 mujeres en la categoría empleados, mientras que en 1974, fueron censados 1659 establecimientos, 15608 varones y 2638 mujeres en la categoría obreros, y 3137 varones y 1110 mujeres en la categoría de ocupados en tareas no productoras de bienes. Si sumáramos el resto de los rubros y de las áreas geográficas sobre las que la FGB tenía personería gremial, es posible concluir que entre 1966 y 1976, la masa de potenciales afiliados superó en todo momento los 20 mil.⁷ También, que la industria ocupaba alrededor de 4 mil mujeres para mediados de los setenta. Es posible observar, además, que en un escenario de virtual estancamiento del número de establecimientos y del personal total ocupado, creció levemente el porcentaje de las obreras y empleadas en la principal actividad de la rama. Si tenemos en cuenta los altos niveles de rotación existentes en la industria, las mujeres que efectivamente trabajaron en el sector en el decenio estudiado debieron ser, sin duda, muchas más.

¿Cuántas de estas mujeres pertenecían al gremio? Cuento con un solo número preciso acerca de la cantidad de afiliados y afiliadas: en las elecciones de 1967 había 1600 mujeres empadronadas sobre un total de 11 mil posibles votantes.⁸ No tengo datos certeros para los años subsiguientes pero los informes de la Secretaría de Organización sugieren que a partir de 1970 la afiliación creció sensiblemente.⁹ En 1974, las publicaciones del gremio solían fijar la cantidad de socios en 15 mil. Dado el crecimiento de la proporción de mujeres en la industria es razonable especular, a su vez, con un aumento correlativo del porcentaje de afiliadas.

Ahora bien, ¿cómo aproximarnos al grado de participación de estas mujeres en la vida sindical de la FGB entre 1966 y 1976?

Una alternativa es contabilizar la presencia femenina en las listas electorales de las distintas agrupaciones sindicales y en los cargos directivos del gremio. La primera y elemental

⁷ El *Convenio Colectivo* de 1973 los estimó en 25 mil.

⁸ *Padrón Electoral* de la Federación Gráfica Bonaerense, 1967.

⁹ Por ejemplo, entre mayo de 1970 y junio de 1971 la Secretaría informaba la entrega de 2400 nuevos socios, quedando pendiente la entrega de carnets a otros 1500. *El Obrero Gráfico*, n° 490, junio-julio-agosto de 1971.

conclusión es que se observa un crecimiento en ambas instancias hasta el segundo semestre de 1974, cuando la intervención ministerial le retiró al gremio la personería, que otorgó meses después al Sindicato Gráfico Argentino (SGA).

Por ejemplo, en las elecciones de 1966 se presentaron tres listas, en total 138 candidatos, y ni una sola mujer; ni siquiera entre los representantes de encuadernación, un sector laboral de fuerte presencia femenina.¹⁰ En cambio, son cuatro las mujeres que integraron la boleta de la lista Verde, la única que se presentó en las elecciones de 1968. Una de ellas, Haydee Savastano, fue elegida Pro-Tesorerera, cargo que desempeñó hasta la intervención gubernamental de 1969.

En las elecciones de 1970 y 1972 continuó esta tendencia positiva con el ingreso de seis mujeres a los cargos directivos: Savastano (ahora como Tesorerera), Margarita González (en el cargo de Pro-Secretaria de Asistencia Social), y el resto ocupando vocalías de la CGA. En las elecciones de 1974, el número de integrantes de la lista Verde a la CGA se elevó a ocho, siendo también mujeres las dos representantes de jubilados. En el mismo año, además, hubo 15 mujeres entre los 108 congresales de la FATAG. En total, entre las dos elecciones, fueron 24 las mujeres que formaron parte de la lista Verde, mientras que entre 1966 y 1972, contabilizando todas las elecciones de la FGB y la FATI, solo 12 mujeres integraron sus boletas.¹¹ A esto, debemos agregarle la elección de Alicia Fondevila como Secretaria General de la FATI (luego FATAG) en 1972, un acontecimiento celebrado en la revista del gremio como un ejemplo concreto de los avances de las mujeres en la organización. En cambio, las elecciones normalizadoras del SGA en 1975, ya sin la presencia del *ongarismo*, mostraron un claro retroceso: una sola mujer entre los 56 candidatos de las dos listas intervinientes.

Otro registro sobre la participación femenina en el gremio proviene del análisis de la composición sexual de las comisiones internas de las 384 empresas para las que cuento con datos para el período 1967-1974.

¹⁰ Entre los 125 candidatos de las tres listas que se presentaron a las elecciones en 1964, solo tres eran mujeres, todas ocupando puestos marginales.

¹¹ En todos estos años se conformaron solo dos listas opositoras, una de las cuales, ni siquiera llegó a presentarse. De las mismas participaron tres mujeres.

Al momento, identifiqué 197 mujeres entre los 1921 delegados relevados. Estas delegadas estaban distribuidas entre 95 empresas; en 50 de ellas, 63 mujeres llegaron a ocupar el cargo de secretarías generales de la comisión interna. Este último dato, de todas formas, es engañoso: 17 de estos casos eran pequeñas empresas que ocupaban menos de 10 personas, muchas veces todas mujeres, por lo cual la única delegada figura en los registros gremiales como secretaria general. De forma similar, otros siete casos registrados en la base cuentan con solo dos delegadas que, por ende, ocupan los cargos de secretaria general y secretaria adjunta.

El resto de los casos (26) son empresas más grandes en las que se observa que las mujeres ocuparon la secretaría general de comisiones internas integradas también por hombres. En Basilio Parisi, por ejemplo, mujeres y hombres se alternaron al frente de la comisión interna entre 1967 (año para el cual el padrón electoral registraba 55 afiliados, 31 mujeres y 24 hombres) y 1973. En Boldt Impresores también se produce alternancia desde 1972, cuando las mujeres desplazaron a los hombres de la secretaría general. En Escala, luego de tres períodos de alternancia masculina, una mujer accedió al cargo de secretaria general en 1971, siendo reelegida al año siguiente. Otro caso de relevancia es el de Finkel en el cual en 1970 tanto la secretaría general como la adjunta fueron ocupadas por mujeres; además, cuatro mujeres pasaron por la secretaria de organización de la comisión interna. Stein y Teichberg es otro de los casos en el que se observa importante presencia femenina en su comisión interna, las que ejercieron a lo largo de todo el período la secretaria general.

Sin embargo, cuando analizamos las empresas más importantes por tamaño y tradición de la rama gráfica el panorama es desalentador. En Fabril Financiera, con sus 1500 empleados, de lejos, la empresa más grande del sector, nos encontramos con una sola mujer delegada (en 1971 y por un solo mandato) junto a los 62 obreros que formaron parte del cuerpo de delegados entre 1967 y 1973. Entre estos últimos además, al menos desde 1970, casi la mitad fueron reelegidos por varios períodos. Sin embargo, en 1967, poco más del 10 % de los afiliados en la empresa eran mujeres. En Abril, otra de las grandes empresas de la rama, con un plantel de 700 trabajadores y 11 % de afiliación femenina, nos encontramos nuevamente con una sola mujer entre los 37 delegados del período bajo análisis. Se trata de Asunción Borda, elegida secretaria adjunta de la comisión interna en 1972; una mujer cuya militancia gremial en la lista Verde la llevó a la CGA del gremio en 1968, año en que fue

elegida como representante por la rama Composición Mecánica, toda una rareza si tenemos en cuenta que eran contadas las mujeres en este oficio. En el período bajo estudio, y tomando todas las listas intervinientes, fueron solo 12 las mujeres candidateadas a las comisiones de rama para participar de las paritarias: cinco por encuadernación, tres por administrativos y tres por oficios varios.¹² Peor aún era la situación en otras empresas grandes del sector dónde, aunque el padrón de 1967 pone en evidencia paridad en la afiliación, no hubo delegadas a lo largo del decenio analizado: Alejandro Bianchi (89 mujeres y 94 hombres) y Bromberg (42 mujeres y 50 hombres). Tampoco encontramos representantes femeninas en empresas líderes como Atlántida (una sola mujer entre 563 afiliaciones) o Códex (14 sobre 154).

Este déficit acarrea consecuencias políticas ya que explica la débil presencia de mujeres en los plenarios de delegados dada la influencia que tenían en esta instancia organizativa los representantes de los establecimientos más grandes.

Conflictividad laboral y agencia femenina

Mi argumento en esta sección es que a principios de los setenta creció la agencia contenciosa femenina en un contexto de aumento de la conflictividad laboral en la rama, cuyo patrón de comportamiento experimentó en 1971 cambios cuantitativos (hubo más huelgas que en los cuatro años anteriores) y cualitativos (se produjeron las primeras ocupaciones) (Ghigliani 2015). En verdad, la primera toma del período, la del Establecimiento Gráfico Palermo, fue el 18 de diciembre de 1970. Junto a la ocupación de Códex del 3 de enero de 1971 fueron el anuncio de los nuevos tiempos: toma y puesta en producción de los talleres. Ambas medidas eran respaldadas, cuando no directamente promovidas, por la nueva Secretaría de Organización.

El Obrero Gráfico ofrece evidencia, si bien dispersa y fragmentaria, en apoyo de esta hipótesis. El 29 de enero de 1971, se llevó a cabo una asamblea extraordinaria del gremio para decidir medidas de movilización y acción directa en apoyo de los talleres

¹² Esta presencia en encuadernación no es sorprendente dada la composición del sector. En Fabril Encuadernadora, asociada a Fabril Financiera, empresa que también contaba con una sección de encuadernación dominada por representantes masculinos, la comisión interna de 1973 estaba totalmente en manos femeninas.

recientemente ocupados y aún en conflicto. En su intervención en la asamblea, señalaba Haydée Savastano: “También quiero hacer una mención particular a las mujeres de Gráfica Palermo, por estar en la primera línea de la acción, en la ocupación del taller, en la olla popular o en los actos, a veces llevando a sus pequeños hijos en brazos (...) Ellas me recuerdan cuando hace 28 años atrás las mujeres gráficas, las pocas ‘locas’ como nos tildaban, íbamos al Sindicato para coordinar con los compañeros las soluciones que a diario se presentaban”.¹³

La cobertura del conflicto de la revista del gremio se concentraba más bien en sus causas: el atraso en los pagos, las suspensiones, la paralela renovación de la maquinaria, las maniobras de vaciamiento y, finalmente, el lock-out patronal que había derivado en la asamblea de personal que decidió la ocupación y puesta en producción del taller. Informaba, también, sobre la producción de envases de cartón, el desalojo policial y la posterior instalación de una olla popular en una parroquia cercana. Las fotos publicadas confirman la presencia de varias mujeres de edades diversas, tanto en la ocupación como en la olla popular. Pero la revista no brinda ninguna información sobre las formas concretas asumidas por la agencia de las trabajadoras.

¿Qué más sabemos de este taller y sus operarias? Poca cosa. Por ejemplo, que al momento de elaborarse el padrón electoral de 1967, trabajaban en la Gráfica Palermo alrededor de 120 personas y que 95 estaban afiliadas a la FGB, entre ellas, 24 mujeres. También, que cuando estalló el conflicto, dos de estas mujeres integraban el secretariado de cinco miembros que conducía la comisión interna, desempeñándose en los cargos de perfil más administrativo: tesorería y actas. Pude contabilizar que fueron diez los integrantes del secretariado, cinco mujeres y cinco hombres, entre 1967 y 1970. Esta paridad, sin embargo, no implica igualdad. Por un lado, los cargos más importantes los ocuparon los hombres; por el otro, los varones eran reelegidos por más de un período, mientras las mujeres, no. Este patrón, hombres que son reelegidos en sus cargos y mujeres que solo duran un mandato, se repite en otros talleres.¹⁴

¹³ *El Obrero Gráfico*, n° 488, enero-febrero de 1971, p. 64.

¹⁴ Su causa, seguramente, haya que buscarla en relaciones de género que trascienden la planta y determinan una división sexual del trabajo en dos niveles, por un lado, al interior de la rama y las fábricas, y por el otro, de orden más general, en la distribución de las tareas productivas y reproductivas.

Sin más data disponible, interpreto que las palabras de Savastano eran el fruto de la valorización positiva del activismo femenino, más que el resultado de las características concretas del acontecimiento. Expresaban la creciente sensibilidad por el rol gremial de la mujer, visible en otras notas publicadas en *El Obrero Gráfico*.¹⁵ Se manifestaba asimismo en actos simbólicos que afirmaban este sentido, como la elección de una trabajadora de Gráfica Palermo como presidenta honorífica de la asamblea extraordinaria del gremio. Sin embargo, la voz cantante en los plenarios de delegados a lo largo de todo el conflicto fue masculina: la del secretario general de la comisión interna

Casi un año después, el protagonismo de las mujeres volvió al centro de la escena durante la toma y puesta en producción de Fumagalli. Como en Gráfica Palermo, el cierre que motivó la ocupación estuvo precedido por suspensiones y maniobras de vaciamiento. Era la culminación de un largo proceso: si el taller contaba en 1967 con una fuerza de trabajo que rondaba la centena, cuatro años más tarde solo quedaban 23 mujeres y siete hombres.

La producción bajo gestión obrera de la planta fue un éxito. Confeccionaron más de cuatro mil cuadernos que distribuyeron en Capital Federal y, con la ayuda de la FATI, en varias provincias. Para ello, tuvieron que superar el boicot de Celulosa Argentina Ledesma que les negó la provisión de papel, enfrentar el corte de los servicios y desoír las amenazas policiales de desalojo.

Las deserciones producidas a lo largo de las semanas redujeron el número final de los ocupantes a 16 mujeres y cuatro hombres. En las fotografías publicadas en *El Obrero Gráfico* se aprecia que la mayoría eran jóvenes.¹⁶ Una vez más, la voz cantante en los

¹⁵ Por ejemplo, en la publicación de una foto de cuatro encuadernadoras durante la ocupación y puesta en producción de Codex con el título “Las compañeras de Codex trabajaron con fe”; o el homenaje, con foto y todo, a una trabajadora de la rama periodística de Codex que ni siquiera pertenecía al gremio bajo el título “La mujer y su lucha”; o notas como: “La mujer y el sindicalismo”, *El Obrero Gráfico*, n° 486, agosto-setiembre de 1970; o para citar una nota de algunos años más tarde, “De mujer a mujer”, *El Obrero Gráfico*, n° 499, agosto-setiembre-octubre de 1973. La lista es larga.

¹⁶ La juventud es un rasgo destacado en la nota “La mujer gráfica en la lucha del gremio”, escrita por la afiliada n° 45.618 (desconozco el nombre de la misma): “Siendo solo un puñado y apenas salidas de la adolescencia – cuando el resto de los compañeros había renunciado a la lucha – ellas desafiaron a la empresa y a la policía, lucharon contra la presión familiar y demostraron que las nuevas generaciones femeninas no están dispuestas a dejarse atropellar”, *El Obrero Gráfico*, n° 492, abril de 1972, p. 95.

plenarios de delegados fue masculina. Y nuevamente son escasos los datos concretos que aporta la revista, pero parece razonable concluir, aunque más no sea por una cuestión aritmética, que en Fumagalli sin la agencia femenina la ocupación habría sido imposible.

La juventud de las mujeres involucradas, es un rasgo resaltado por la prensa del gremio en la toma de Graf Art, de julio de 1972, y se repite en la toma de Sol S.R.L., de setiembre de 1973, un conflicto originado por el despido de cinco trabajadoras. Prácticamente todo el personal de este pequeño taller era femenino. Una fotografía muestra 13 mujeres, algunas de ellas apenas adolescentes, y un solo hombre, posando frente a la cámara. Parece razonable afirmar que la cuestión generacional fue un aspecto saliente de la agencia femenina contenciosa de principio de los setenta.

¿Qué hacer frente a la escasa elocuencia de las descripciones ofrecidas en la revista del gremio? Una posible vía es inferir el crecimiento del activismo de las mujeres a partir de la tasa de afiliación femenina existente en 1967 en los talleres en los que se produjeron conflictos entre 1971 y 1974. Se puede objetar que es una aproximación demasiado indirecta, pero no cuento con muchas más alternativas.

Cantidad de conflictos según % de afiliación femenina

año	% de afiliación femenina (padrón de 1967)			
	0 - 25 %	26 - 50 %	51 - 75 %	76 - 100 %
1971	9	1	2	1
1972	11	2	1	
1973	16	3	2	
1974	11	8	3	

Fuente: *Base de Datos sobre Conflictividad en la Rama Gráfica (1966-1976)* – Elaboración propia sobre la base de documentación gremial y el Digesto de Información Laboral (DIL).

Si tomamos en consideración que el porcentaje de mujeres en la rama no superaba el 20 %, el cuadro es significativo y apuntala mi hipótesis sobre el crecimiento del activismo de las mujeres en los conflictos. Si solo consideráramos las ocupaciones esta preponderancia de talleres con altos porcentajes de fuerza de trabajo femenina sería aún mayor.

En algunos casos, además, pude comprobar una correlación positiva entre los conflictos y la elección de mujeres en los cargos más importantes de las comisiones internas. En Bromberg, con más de 40 % de afiliación femenina, recién encontramos una mujer en la secretaría de organización en 1970. Luego de la toma del establecimiento de 1972, otra mujer es elegida como secretaria adjunta. En American Chemical, cuya comisión interna se organizó recién en 1972, luego de las tomas de ese año, son elegidas dos mujeres para los cargos de secretaria adjunta y secretaria general. En el caso de Graf Art ya mencionado, la primera mujer que formó parte de su comisión interna lo hizo en 1970; luego de la toma de cinco días de julio de 1972, la secretaria general pasó a ser ocupada por una mujer, reelegida por dos períodos. Las fotos de la toma de Plano Color de 1973 muestran a Raimundo Ongaro rodeado de jóvenes trabajadoras; ese año una mujer es elegida como secretaria general del establecimiento recién organizado. Ambas secretarías generales, la de Graf Art y la de Plano Color, serían candidatas a delegadas de la FATAG por la Lista Verde en 1974.

Finalmente, Lamson Paragon, Oucinde, Verlini y ARP fueron otros de los talleres ocupados en esos años que contaban con un alto porcentaje de mujeres en su planta, aunque salvo en ARP, con escaso protagonismo femenino en sus comisiones internas.

En síntesis, todos estos datos, permiten aventurar que los años setenta fueron testigos del crecimiento de la agencia contenciosa femenina, y que probablemente, la misma estuvo motorizada por las nuevas generaciones.

De la historia de las mujeres en el gremio el análisis de género

Las dos secciones previas no van mucho más allá una historia de las mujeres. En esta sección intento trascender este estrecho marco interpretativo. Mi argumento es que el aumento de la presencia femenina en los cargos representativos y en los conflictos fue acompañado por la aparición de *un discurso de género novedoso*, pero que este discurso coexistía con otro más tradicional y difundido en el cual la defensa de los derechos de las mujeres reproducía valores y estereotipos conservadores. Mientras el primero ponía a las relaciones sociales entre los sexos en el centro de sus análisis y denuncias, el segundo colocaba en dicho lugar a las relaciones entre las clases.

El rasgo más saliente de este discurso tradicional es la falta de cuestionamiento a la dominación de género dentro de la propia clase y de la organización gremial. La intervención ya citada de Haydée Savastano, vuelve a ser de utilidad en este contexto:

“Ellas me recuerden – se refiere a las jóvenes mujeres presentes en la toma de Gráfica Palermo – cuando hace 28 años atrás las mujeres gráficas, las pocas ‘locas’ como nos tildaban, íbamos al Sindicato para coordinar con los compañeros las soluciones que a diario se presentaban. Al principio pensábamos que se nos podría subordinar o relegar en la forma discriminatoria con que esta sociedad ha tratado y maltratado a la mujer. Pero luego comprobamos que en la casa de los trabajadores había valores distintos a los que impone la casa del patrón y los organismos de un Estado que sirve a los patrones. Existía y existe en el gremio un profundo respeto por la mujer, compañera de lucha contra iguales injusticias y por los mismos ideales de liberación plena de la persona humana y del pueblo”.¹⁷

Este énfasis en los intereses comunes entre hombres y mujeres, no impedía que fueran denunciadas las desigualdades salariales, por ejemplo, pero como una muestra más de la explotación de clase: la avaricia patronal que reemplaza a los hombres por mujeres para bajar salarios.¹⁸ En este enfoque las denuncias de la discriminación femenina no llegaban a encarnarse en un programa de reivindicaciones propio. Sus dirigentes no dudaban de que en el gremio gráfico: “también son sus derechos – los de las mujeres – los que se discuten en las comisiones, las asambleas, las paritarias”; y las dirigentes Alicia Fondevila y Haydée Savastano, al menos por lo que se desprende de sus discursos públicos, tampoco. ¿Era ello realmente así? Las diferencias en las condiciones laborales de hombres y mujeres en la rama eran conceptualizadas simplemente como un subproducto de la explotación del capital. También, la segregación de las mujeres a los puestos menos calificados y peores pagos de la industria, como encuadernación o la producción de sobres y bolsas que se hacía a domicilio siempre por debajo del salario mínimo.

¹⁷ *El Obrero Gráfico*, n° 488, enero-febrero de 1971, p. 54.

¹⁸ Por ejemplo, en “La mujer y el sindicalismo”, *op. cit.*, p. 52.

Se trataba, además, de un discurso que solía articularse alrededor de ciertos valores tradicionales como el papel de la mujer en el hogar, la maternidad, la familia, aunque en ocasiones para denuncias concretas y sentidas, por ejemplo, el riesgo de despido asociado al embarazo o las pésimas condiciones de las viviendas. Enmarcar reclamos justos en valores tradicionales terminaba naturalizando el lugar de la mujer en la reproducción doméstica. Se expresaba de manera trasparente en las notas periodísticas dedicadas al análisis de la relación entre salarios y precios, que giraban siempre sobre la figura del ama de casa.¹⁹ La presentación en la revista de la nueva “Sección de las compañeras” muestra, simultáneamente, el creciente interés por la cuestión de la mujer y la persistencia de estos valores tradicionales; el objetivo de la sección es caracterizado como el suministro de “datos de utilidad”, “secretos” y “rebusques” para la reproducción doméstica.

La evidencia sobre la existencia de un discurso de género más sofisticado y menos complaciente es fragmentaria. No obstante, encuentra expresión plena en dos notas publicadas en *El Obrero Gráfico*, una escrita por una afiliada reciente (a juzgar por su número de carnet) y por ello, presumiblemente joven, y la otra escrita por la escritora Irma Cairoli, quien tenía una relación estrecha con el gremio. Me concentraré en la primera, por ser escrita por una afiliada del gremio y por la claridad de sus argumentos.

Lo primero que destaca la nota es que la lucha por la emancipación de las mujeres formaba parte de la lucha más general del pueblo por la conquista de sus derechos y su liberación, pero que tenía una especificidad propia, y constituía un “combate contra la opresión de las costumbres, los prejuicios y la discriminación”.²⁰

A partir de esta premisa, la autora denunciaba las consecuencias de la división sexual del trabajo (enumerando que las mujeres poseían los peores trabajos, sus categorías solían estar retrasadas y sus salarios ser más bajos que los de los hombres para idénticas tareas). Y muy importante avanzaba en un tema tabú en el gremio cuando denunciaba que las secciones en

¹⁹ Por ejemplo: “hemos consultado a nuestras propias esposas que son las que todos los días viven y sufren el penoso panorama que se vive en la carnicería, en el almacén, en el supermercado” o “comprar algún artículo del hogar que haga más llevadera la tarea de la mujer en la casa”.

²⁰ “La mujer gráfica en la lucha del gremio”, afiliada n° 45.618, *El Obrero Gráfico*, n° 492, abril de 1972, pp. 94-95.

las que las mujeres eran mayoría: “suelen estar representados por el único hombre de la misma o por un compañero de otra sección”.²¹

Luego criticaba la doble carga laboral de la mujer recurriendo a una jerga de uso extendido en el gremio: *la doble vacante*. Por décadas la conducción de la FGB bregó porque los obreros no aprovecharan la jornada laboral nocturna de 6 horas en los diarios para ocupar dos puestos de trabajo. Esta conducta era objeto de una dura condena moral por parte del activismo. El *queserismo* o *la doble vacante* era un comportamiento masculino fundamentalmente de los oficios calificados (linotipistas, tipógrafos, maquinistas). Las mujeres no tenían lugar en las líneas productivas de los diarios, salvo como administrativas. Por todo esto, la sintética formulación acuñada por esta trabajadora, a la que imagino como una militante con una sólida formación política, y quizás con estudios universitarios a juzgar por la calidad literaria del artículo, es brillante como interpelación a los hombres y mujeres del gremio: “Generalmente, no se reconoce el esfuerzo necesario para cubrir esa doble vacante, la de ama de casa y la de obrera”.

La conclusión a la que arribaba es que todos estos factores limitaban la participación efectiva de las mujeres. La crítica del fenómeno, sin embargo, no se detenía allí. Avanzaba, asimismo, en el reconocimiento de que “los prejuicios contra la mujer (...) están arraigados incluso en el espíritu de las propias compañeras”. La propuesta que cerraba su artículo era la creación de un Departamento de la Mujer en la FGB.²²

A modo de cierre

En esta ponencia me limité a explorar tres cuestiones. Primero, el grado de participación de las mujeres en el gremio. La conclusión provisoria es que la misma creció tanto en las alturas como en los talleres, aunque en este último caso, más moderadamente, y de manera menos concluyente. Es una cuestión que requiere de mayor investigación. Segundo, la agencia contenciosa femenina. Creo que he podido ofrecer evidencia de un crecimiento, y

²¹ *Ibidem*. En otro segmento de la nota, la autora del artículo recuerda “las dilaciones del sindicato y las vacilaciones de los compañeros” a mediados de la década del cuarenta, frente al reclamo de las mujeres por el derecho al aguinaldo. Atribuye su efectiva conquista a la movilización de las trabajadoras de la casa Kraft.

²² Si bien Irma Cairoli abordaba temas similares, lo hacía desde una crítica de carácter general que no alcanzaba la misma claridad en sus formulaciones. Ver: “Las mujeres argentinas en la lucha por la Liberación latinoamericana”, *El Obrero Gráfico*, n° 497, abril-mayo de 1973, pp. 26-30.

sugerir que el mismo estuvo asociado al aumento de la movilización de las mujeres más jóvenes. Tercero, identificar la emergencia de un discurso de género novedoso en la época y en la rama, y muy cercano a ciertas formulaciones actuales, que convivía con un discurso de tipo tradicional, que reivindicaba los derechos de las mujeres pero permanecía fuertemente anclado en valores tradicionales sobre el lugar de la mujer en la sociedad.

No mucho más, es cierto, pero es un primer paso hacia formulaciones e indagaciones más sofisticadas y teóricamente informadas, que me permitan efectivamente hacer del género una herramienta útil para dejar atrás el uso acrítico de las categorías asexuadas que han predominado en mi práctica como investigador del mundo del trabajo.

Bibliografía

Acha, Omar y Débora D'Antonio (2000) "La clase obrera "invisible": imágenes y participación sindical de las obreras argentinas a mediados de la década de 1930", en Omar Acha y Paula Halperín, *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Andújar, Andrea (2007) "Pariendo resistencias: las piqueteras. Cutral Co y Plaza Huincul, 1996" en María Celia Bravo, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita (comps.) *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. Tucumán, EDUNT.

Andújar, Andrea (2016) "La lucha por lo justo: un estudio sobre las huelgas petroleras de 1932 en Comodoro Rivadavia", en Andrea Andújar, Laura Caruso, Florencia Gutiérrez, Silvana Palermo, Valeria Silvina Pita, Cristiana Schettini (comps.), *Vivir con lo justo. Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*, Rosario, Protohistoria Ediciones.

Baron, Ava (1991) *Work Engendered: Toward a New History of American Labor*, Ithaca N.Y., Cornell University Press.

Barrancos, Dora (2005) "Historia, historiografía y género: Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina", *Aljaba*, ene./dic., vol.9.

Bellucci, Mabel (1996) "Tensiones entre la reproducción social y la producción; estudios de caso de las mujeres gráficas de Buenos Aires (1880-1914)", en Cecilia Lypszyc, María E. Ginés y Mabel Bellucci, *Desprivatizando lo privado*, Buenos Aires, Catálogos.

- Bil, Damián (2007) *Descalificados. Proceso de trabajo y clase obrera en la rama gráfica (1890-1940)*, Buenos Aires, CEICS.
- D'Antonio, Débora (2000) “Representaciones de género en la huelga de la construcción : Buenos Aires, 1935-1936”, en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini, *Historia de las mujeres en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus.
- Farnsworth-Alvear, Ann (2000) *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men, and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*, Durham, NC, Duke University Press.
- Gamba, Susana (2007) “Estudios de género/Perspectivas de género”, en *Diccionario de estudios de género y feminismos*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Ghigliani, Pablo (2015) “La conflictividad laboral en la industria gráfica (1966-1976): una aproximación”, en Pablo Ghigliani y Alejandro Schneider (comps.), *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- Haraway, Donna (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. La reinención de la naturaleza, Valencia, Ediciones de la Cátedra.
- Kelly, Joan (1976) “The Social Relation of the sexes: methodological implications of women’s history”, *Signs*, 1, 4.
- Klubock, Thomas (1992) “Sexualidad y proletarización en la mina El Teniente”, *Proposiciones*, 21.
- Klubock, Thomas (1995) “Hombres y mujeres en el Teniente. La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951”, en Lorena Godoy, Elizabeth Hutchison, Karin Roseblatt y Soledad Zárate (eds.) *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, SUR/CEDEM, Santiago de Chile.
- Lobato, Mirta Zaida (1990) “Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del frigorífico Armour, 1915-1969”, *Anuario IEHS*, nº5.
- Lobato, Mirta Zaida (1993) “Mujeres obreras. Protesta y acción gremial en la Argentina: los casos de la industria frigorífico y textil de Berisso”, en Dora Barrancos (comp.) *Historia y Género*, Buenos Aires, CEAL.
- Lobato, Mirta Zaida (2001) *La vida en las fábricas*, Buenos Aires, Prometeo.
- Lobato, Mirta Zaida (2007) *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Edhasa, Buenos Aires.

Palermo, Silvana (2009) “¿Trabajo Masculino, Protesta Femenina? La participación de la mujer en la gran huelga ferroviaria de 1917”, en María Celia Bravo, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita (comps.) *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. Tucumán, EDUNT.

Rodríguez Agüero, Laura (2014) “Maestras y madres. Género y lucha docente en el post Mendozazo (1972-1973)”, en *MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales*, I, 1, Centro de Publicaciones. FCPyS. UNCuyo, Mendoza.

Scott, Joan (2008) *Género e Historia*, México, Fondo de Cultura Económica.